

José Muñoz Sendino,
La escala de Mahoma.
Dirección General de Relaciones
Culturales. Madrid, 1949.

Autor:
Carlé, María del Carmen

Revista:
Cuadernos de Historia de España

1950, XIV, 200-202



Artículo

José Muñoz SENDINO, *La escala de Mahoma*. Dirección General de Relaciones Culturales. Madrid, 1949.

La posible existencia de influencias arábigas en la *Divina Comedia* ha causado apasionadas polémicas entre quienes creían reconocer sus huellas en la obra del florentino y los dantistas, que las negaban enconadamente, como si su admisión disminuyera en algo la grandeza del poema.

Fué el gran arabista español Asín Palacios, quien, en *La escatología musulmana y la Divina Comedia de Dante*, con seguro razonamiento y acertada intuición, señaló semejanzas y estableció aproximaciones, aunque no llegó a descubrir la fuente de donde procedían en forma directa tales influencias. Pero afirmó que el desconocimiento de la génesis de un hecho no resta realidad al hecho en sí.

Este vacío es el que viene a llenar la obra publicada en Madrid por la Dirección General de Relaciones Culturales, *La escala de Mahoma*. Trátase de dos versiones — francesa y latina — de la traducción al castellano, por Don Abraham, del relato de un sueño del profeta durante el cual le fué dado contemplar el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno. De la primera, dió noticia Steinschneider en el Catálogo de Mss. hebreos de la Biblioteca Bodleiana de Oxford; en 1944 U. Monneret de Villard (*Lo studio dell'Islam in Europa nel XII e nel XIII secolo*) señalaba la existencia de la segunda en la Biblioteca Nacional de París.

La obra y las proyecciones de su hallazgo despertaron simultáneamente el interés de dos estudiosos: Muñoz Sendino en España, en Italia E. Cerulli.

Del trabajo del segundo sólo sabemos por Levi della Vida, quien reseñó uno y otro en *Al-Andalus* (1942, fasc. 2). A creerle, y siempre que no haya influido en su juicio una cuestión de nacionalismo, Cerulli ha realizado una labor harto más eficaz que la de Muñoz Sendino. La de éste tiene por fin principal reforzar la tesis del ya nombrado Asín Palacios.

Comienza el autor por señalar la existencia de otro códice, el *Codice latino vaticano 4972* y la inutilidad de las tentativas realizadas hasta el presente para dar con la versión española de Don Abraham. A continuación describe ambos manuscritos y enfoca las figuras de los dos traductores, para pasar en capítulo II a las razones que motivaron la triple traducción en el ciclo de las obras de Alfonso X. Con este propósito, realiza Muñoz Sendino un cuidadoso análisis del movimiento cultural del momento, de los hombres que lo impulsaron y de los contactos que embajadas políticas, viajes de estudio o de negocios, peregrinaciones o destierros, establecieron entre los pueblos occidentales; contactos que debieron difundir en las tierras cristianas las ideas, conocimientos, obras y teorías que nacían y se desarrollaban a la sombra de los muros de Toledo, foco luminoso en los siglos de la Baja Edad Media.

Ábrese este panorama con la magnífica figura de Alfonso el Sabio. Lástima que Muñoz Sendino la disminuya con reproches por lo que considera su in-

capacidad para infundir vida perdurable a la Escuela de Toledo y por dejar de lado el pensamiento filosófico.

El hecho de que el notable grupo toledano, de vieja tradición, no haya podido sobrevivir al monarca ¿no es, sin embargo, un elogio para éste?

En cuanto a la segunda objeción, consta que conoció las obras de Aristóteles, que en España se hicieron durante su vida traducciones de las mismas y que hubo un disperso movimiento filosófico. Y si en tan amplio campo de acción como fué el de Alfonso X existe un terreno menos cultivado ¿puede ello reprochársele? Muñoz Sendino, en un capítulo posterior, arrastrado tal vez por el entusiasmo que despierta en todo estudioso la evocación de aquella corte más de sabios que de palaciegos, rectifica su juicio, levemente injusto, buscando explicaciones para aquel despego del monarca por la filosofía, despego que contrasta con el ambiente de la Europa del siglo XIII.

Como allá y entonces, aquí y ahora rodean la figura del rey las de sus colaboradores: Don Abraham y Buenaventura de Sena — los autores de las distintas versiones de la *Escala de Mahoma*: de la española el primero, de la latina y la francesa el segundo — los italianos Gil de Thebaldis, Juan de Mesina, Juan de Cremona, Pedro de Reggio y Maestre Jacobo de las Leyes, a quien se cree nacido en Italia o al menos de ascendencia itálica; los judíos Judá den Moisés ha-Cohen, Judá Mosca el Menor; los catalanes Guillermo Arremón d'Aspa y Juan d'Aspa y los castellanos García Pérez, Álvaro de Oviedo y Fernando de Toledo.

No fueron, pues, judíos o extranjeros exclusivamente — como cree Américo Castro — los colaboradores del Rey Sabio. Fueron italianos, judíos, catalanes y castellanos, unidos por cima de las diferencias de patria, raza y religión, por su común espíritu científico. Hombres de cuya vida se sabe tan poco y con quienes, sin embargo, contrajo una inmensa deuda la cultura occidental. Porque a su afán de saber y hacer saber se debió el primer renacimiento europeo. Porque gracias a ellos se difundió en Europa, no sólo la sabiduría de los islamitas, sino, lo que es más, la de los griegos, que aquéllos habían conservado.

En ese foco intelectual, hacia el que se volvían los ojos de todos los hombres ansiosos de conocimiento — que eran muchos en la época — se tradujo en el año 1264 *La escala de Mahoma*, en tres versiones para lograr una mayor y más rápida difusión.

¿Sería posible que esa difusión no hubiera alcanzado a Dante, uno de los hombres más ilustrados de su tiempo?

¿No la habrían facilitado los estrechos contactos que el problema del Imperio estableció entre los tres países mediterráneos?

Las frecuentes embajadas que Italia enviaba a España — y que no estaban constituidas por rústicos precisamente — de regreso a su país ¿no llevarían ecos del acontecer literario y científico español?

Brunetto Latini, que paseó su destierro por tierras hispánicas ¿no daría a

su discípulo noticias de las novedades recogidas durante su forzado discurrir por el extranjero?

¿Ni tampoco lo haría a su retorno de Compostela Guido Cavalcanti, el íntimo amigo del poeta, a quien éste dedicara aquel famoso « Guido, i vorrei... »?

Por lo demás, Dante había sentido el influjo de la cultura arábica. Lo demuestran aquellos pasajes de la *Divina Comedia* en que aparecen las figuras de Alí, Avicena y Averroes, lo demuestran esos luminosos cuadros del *Paraíso* que lo aproximan a la escuela iluminista iniciada en Córdoba por Ibn Masarra y continuada luego por Ibn Arabi; lo demuestran, en fin, las semejanzas entre el *Cancionero* y el *Convivio* y las obras del mismo Ibn Arabi tituladas *El intérprete de los amores* y *El tesoro de los amantes*.

Y no sólo sobre Dante obraron las corrientes musulmanas que llegaban de Sicilia y Al-Andalus. Muy amplia fué su acción, si, como cree Asín Palacios, el Dolce stil nuovo, ese movimiento poético surgido de pronto en Italia, que cambió el tono erótico por el sentimental y sublimó la figura femenina, se originó en las obras de tipo romántico de Masi Aben daud de Ispahan y del cordobés Ibn Hazm.

Estos argumentos y otros más fueron desarrollados por Asín Palacios en el transcurso de la polémica que Muñoz Sendino recuerda en el tercero y último capítulo de su estudio.

Había razones poderosas para aceptar la teoría de Asín Palacios. Faltaba encontrar la obra de donde proceden las influencias que creyó descubrir en la *Commedia* dantesca y ello ha sido logrado.

Queda dicho que reforzar aquella teoría era el fin principal del estudio de que se trata. Pero Muñoz Sendino, tal vez sin proponérselo, consigue otro: presentar un cuadro vivo, una visión rápida y colorida del ambiente cultural de la corte de Alfonso X.

Evocados por su pluma resucitan aquella férvida pasión intelectual, aquella verdadera hambre de conocimientos, nunca satisfecha, aquel rey para quien el mejor título era el de sabio y aquel núcleo admirable de hombres que daban al olvido lo que les separaba para colaborar en la gigantesca obra común y encender la llama que iluminó a Europa en su siglo.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.